

Las personas de más de 50 años en la Argentina actual: reflexiones acerca de su problemática

Dolores Méndez

Trátese o no de una nueva era, los influjos de la época actual nos han alcanzado. Aunque nos encontremos en el subdesarrollo, los medios de comunicación invaden nuestros sentidos y nos remiten a una vida diferente, en la que cada día uno debe enfrentarse con alternativas, con tensiones, que vulneran el equilibrio hasta de los más estables.

Castoriadis habla en *El Avance de la Insignificancia* del **derrumbe de la autorrepresentación de la sociedad occidental**, “del hecho de que estas sociedades no pueden presentarse como ‘esto’ sin que esto como lo que se presenta se derrumbe, se aplaste, se vacíe, se contradiga” (1997, p. 29)

Desde un punto de vista psicoanalítico es una manera de decir que hay **crisis de las significaciones imaginarias sociales**, y que éstas ya no proveen a los individuos las normas, los valores, las motivaciones y las referencias que les permiten a su vez hacer funcionar a la sociedad y seguir siendo ellos mismos en un equilibrio.

Los hombres nos vemos compelidos a imponer un orden significativo a la realidad, orden que presupone la empresa social de la construcción ordenadora del mundo. Esta es para algunos la función más importante de la sociedad: **la nomización**.

El presupuesto antropológico de la nomización es el ansia humana de significado, que parece tener la fuerza de un instinto. El peligro supremo de la separación de la sociedad para el hombre es el de perder su significación en ella. Peter Berger dice: “Visto en la perspectiva del individuo, todo *nomos* representa el brillante ‘aspecto diurno’ de la vida, tenuemente mantenido contra las siniestras ‘sombras’ de la noche” (1967, p.38).

El análisis de Berger es el siguiente:

El *nomos* objetivo se internaliza en el curso de la socialización. Así, el individuo se lo apropia para convertirlo en el propio ordenamiento subjetivo de la experiencia. En virtud de esta apropiación el individuo puede llegar a “**dar sentido**” a su biografía (las negritas son mías). Ordena los elementos discrepantes de su vida pasada en términos de lo que “conoce objetivamente” acerca de su propia condición y la de los otros. El futuro adquiere una forma significativa porque se proyecta en él ese mismo orden. **Dicho de otra manera, vivir en un mundo social es vivir una vida ordenada y significativa** (1967, p.35).

Intentamos comprender cómo afecta a los adultos mayores y a los ancianos esta sociedad que los está sumergiendo en la anomia porque los está separando de su funcionar. Volvemos entonces nuestra mirada retrospectiva hacia aquellos análisis que hacíamos hace dos décadas acerca de las **crisis** que experimenta quien se va adentrando en la vejez, y nos recordamos citando una serie de situaciones que alteraban su

estabilidad y que llegaban a ubicarlos en situaciones límites. Y nos preguntamos: ¿Y ahora cómo se manifiestan esas crisis?

1. Las crisis por los **cambios corporales**, tanto externos como internos.

Al comenzar a manifestarse alteraciones físicas, el adulto mayor se ve en la necesidad de modificar su esquema corporal, adaptando la representación interna de sí mismo a los cambios que día a día se producen en su cuerpo.

Hoy la tarea se complica. Los modelos que percutan los medios revelan una lucha tenaz por detener el tiempo, lucha en la que no existe tregua, como bien lo satiriza el film *La muerte le sienta bien*, en el que Merill Streep y Goldie Hawn compiten y hasta confabulan juntas para detener el inevitable deterioro del tiempo.

La “pseudajuventud” de esos modelos evidencia más aún el propio deterioro, y surge entonces la incontrolada imitación o la nunca resignada abdicación ante lo que se evidencia como trágico. La imagen de sí mismo no termina de conformarse, se desdibuja, pudiendo llegar hasta la alienación.

2. Una segunda crisis tenía que ver con la **pérdida de categoría**.

Hoy se acrecienta. Porque al perder su posición como miembro productivo, surge la desazón de quien no puede en nuestro país acomodarse en una pasividad legal carente de recursos ni encuentra un lugar donde seguir produciendo, aún con su deterioro a cuestas.

Los cambios de valores han llevado a la aparición de una tendencia individualista en la que cada uno rige su vida aparentemente según su conveniencia, sin discriminar qué es lo bueno y qué no lo es. “En la postmodernidad, mezcla de valores ligths y emociones softs, no se razona, basta con ‘sentir’” (Obiols y Obiols 1995, p. 38).

Esta situación confusional, aleación de torpeza mental y de psicosis, le quita a la persona mayor su antigua misión de conservar y transmitir la sabiduría que da la experiencia, por la cual era venerado en otros tiempos. Es cierto que no es un mundo ideal éste que las viejas generaciones nos han legado, pero es inútil justificar el caos sin un genuino intento por resolverlo.

La brecha generacional se ha acrecentado, sin que la sociedad provea, a los que deben vivir “pasivamente”, de los medios que les permitan tener satisfacciones elementales.

3. Hablábamos de una tercera crisis por la **pérdida de las personas significativas**.

Los hijos se fueron, a veces sobreviene la viudez, que es uno de los factores que más conciencia de envejecimiento producen. Junto con la jubilación se produce la pérdida del vínculo diario con compañeros de trabajo con los que se relacionaron durante toda una vida, a los cuales se solía encontrar una vez al mes cuando se iba a cobrar la jubilación, hasta que llegaron los cajeros automáticos con su aire de ciencia ficción y su insondable mutismo.

Ante el derrumbe y la desintegración de los roles tradicionales -hombre, mujer, padres, hijos- sobreviene la desintegración amorfa de las nuevas generaciones. Castoriadis señala que es verdad que la desintegración de los roles tradicionales revela el avance de los individuos hacia la autonomía y contiene los gérmenes de una emancipación, pero a la vez advierte sobre la ambigüedad de sus consecuencias,

preguntándose “si este proceso se traduce más en la eclosión de nuevos modos de vida o en la desorientación y la anomia” (1997, pp. 23-24).

El mundo social constituye un **nomos**, tanto objetiva como subjetivamente. La separación completa del grupo social constituye hoy una amenaza para los adultos mayores y los ancianos. No sólo porque pierden vínculos emocionalmente satisfactorios, sino porque pierden su orientación en la experiencia y hasta su sentido de realidad y de identidad.

Del mismo modo que el nomos de cada individuo se constituye a partir del lenguaje, así también el individuo se sumerge en la anomia cuando la conversación se interrumpe de manera radical (Berger 1967, p. 35).

Como dice Françoise Dolto:

El problema es la neutralización de las relaciones, el no intercambio. Y lo que se hace es cohabitar. Se habla, sí, pero no se comprende o se piensa que no se puede comprender y que nada puede hacerse por los demás. Ya no hay deseos de comunicarse (Dolto 1990, p.164).

Resultan actuales las palabras de Freud:

Aquel ciudadano del mundo civilizado al que antes aludimos se halla hoy **perplejo** en un mundo que se le ha hecho ajeno (1915, p. 2104. Las negritas son mías).

4. Se hablaba también de una cuarta crisis, que provenía de **la disminución del número y de la extensión de las funciones y actividades**.

Con los años, los roles que uno desempeña en la vida van mermando o restringiéndose. Se ha cumplido diariamente con responsabilidades que ahora ya no se requieren.

Esto decíamos hace dos décadas. Hoy algunos mayores nos sorprenden con su lucha diaria por sus derechos, poniendo en duda la existencia de una “clase pasiva”. Hoy los vemos supliendo las tareas de sus hijos, criando nietos, trabajando “en lo que venga”, en una hiperactividad que si algo tiene de positiva es la de ofrecer un espacio donde sentirse útil, pero que podría ser reemplazada por otras tareas más adecuadas a sus posibilidades reales si, como decía Dostoyewski, “el secreto de la existencia humana consiste en tener un motivo para vivir”.

5. Por último, nos referíamos a la crisis que sobreviene al tener que enfrentar **la proximidad de la muerte**.

Según Heidegger y otros existencialistas, lo que le da sentido a nuestra vida, lo que nos lleva a vivirla como algo valioso, es nuestra conciencia de que “somos para morir”. Un ser (individuo o sociedad) no puede ser autónomo si no ha aceptado la posibilidad de su mortalidad.

Sin embargo, es relevante tener en cuenta el análisis que Sigmund Freud efectúa en su obra *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte* (1915), análisis que nos permite comprobar que durante toda su existencia la humanidad ha rechazado a la muerte. Una “convención cultural” la negó desde sus primeros días, tratando de despojar a la muerte de su significado de fin de la existencia.

Acentuamos siempre la motivación causal de la muerte: el accidente, la enfermedad, la infección, la ancianidad, y delatamos así nuestra tendencia a rebajar a la muerte de la categoría de una necesidad a la de un simple azar (Freud 1915, p. 2110).

“La escuela psicoanalítica ha podido arriesgar el aserto -dice Freud en esa obra- de que, en el fondo, nadie cree en su propia muerte, o, lo que es lo mismo, que en lo inconsciente todos nosotros estamos convencidos de nuestra inmortalidad” (1915, p. 2110). Porque no hay en el inconsciente una representación de la muerte, sino sólo vivencias de castración, de privación, de frustración “En consecuencia -continúa diciendo Freud (p. 2115), nada instintivo favorece tampoco en nosotros la presencia de la muerte. Quizás sea éste el secreto del heroísmo: *no vamos a morir.*”

En la actualidad, la crisis se acrecienta. Porque lo que antes era “cuestión de suerte”, o “decisión de Dios” o tal vez “obra del destino”, hoy estamos a punto de que pase a ser una decisión personal mediante la eutanasia, es decir que uno pueda elegir el momento en que quiera morir, o, para hablar con más propiedad, “en que esté dispuesto a morir” ¿Es esto positivo? El planteamiento reviste una rigurosa gravedad, quizás imposible de discernir para los seres humanos.

Misteriosa paradoja del mundo de hoy. Que en una sociedad plena de omnipotencia y narcisismo, alguien tenga que resolver sus crisis entre la incomunicación y las carencias.

Por eso es que cada día nos encontramos con diferentes **tipos de reacción** entre los adultos mayores y los ancianos, que nada tienen de saludables. Y aparecen así los hipocondríacos, los depresivos, los “eternamente jóvenes”, los hiperactivos, los convencionalistas que se resisten a todo cambio.

Es que para poder enfrentar sus mutaciones, utilizan diferentes **mecanismos de defensa**, a fin de evitar la angustia que produce la frustración. Se refugian en racionalizaciones que apelan a supuestas causas físicas para explicar su amargura, su incertidumbre, su aislamiento, su soledad. O bien surgen regresivamente formas infantiles de comportamiento, el egocentrismo, el reclamo a los hijos de que se comporten como si fueran sus padres. En otros casos, se prenden tenazmente a cualquier detalle que imponga prerrogativas o categorías, como el anciano que no acepta que otros se ocupen de sus negocios o el político viejo y enfermo que no cede su bastión.

Sin embargo, una rápida revisión histórica nos arroja datos como los siguientes: Goethe escribió la segunda parte del *Fausto* a los 82 años, Cervantes la segunda del *Quijote* a los 68. Tiziano pintó *La Coronación de Espinas*, *La Batalla de Lepanto* y *La Pietá* entre los 98 y los 99 años, Miguel Angel *El Juicio Final* entre los 58 y los 65 y otras obras grandiosas hasta los 88 y Leonardo Da Vinci *La Mona Lisa* a los 67 años. Lamarck terminó su *Historia Natural* y Verdi compuso *Falstaff* a los 80, Haendel compuso *El Triunfo del Tiempo* a los 72. De Gaulle en el gobierno de Francia a los 80 y

Churchill en el de Inglaterra a los 70. Y, como ellos, Borges, Dalí, Miró, Simone de Beauvoir, Albert Schweitzer, Albert Lorenz, Von Karajan, dieron al mundo en su vejez los frutos de su pasión por el conocimiento o el arte.

¿Fueron estos seres extremadamente privilegiados? ¿Genios que, “hechos a la imagen y semejanza” de extraterrestres, deslumbraron con sus creaciones fuera de serie aún en la vejez? Dicen los sabios que **todo hombre debe hallar una pasión que lo sostenga, que lo una a las corrientes de ilusiones y logros de la humanidad**. Es que ser genial no es condición indispensable para ser feliz. Cada uno puede serlo según sus posibilidades.

Es necesario incentivar en los adultos mayores su capacidad para ser **re-creativos**, que en el pensar de Eric Fromm consiste en desarrollar una nueva capacidad para ser creativo. La disminución de la autoestima ocasionada por las crisis, puede resolverse si la persona logra revalorizar lo que ha hecho en su vida, si es que ya no puede hacer nada en la actualidad (Fromm 1963, p.11). Chejov hacía decir a uno de sus personajes que cuando caminaba por las arboledas que él mismo había sembrado, sentía que de alguna manera participaba del poder de la naturaleza, y que si algún día la humanidad llegaba a ser feliz, él sería responsable de una pequeña parte de esa felicidad.

¿Qué actitud requieren los mayores de nosotros? ¿Qué necesitan? **Que se los escuche**. Pero no a la manera de **catarsis**, para que “se desahoguen”, sino revalorizando su mensaje e intentando dar solución a sus legítimos reclamos. **Que se les deje el lugar que les corresponde**, que no es lo mismo que “otorgarles un lugar”. El hecho de que no se adapten al proceso productivo hace que la sociedad de consumo los haga a un lado y los acomode de manera tal que sigan “viviendo sin molestar”.

No puede haber sociedad que no sea algo para sí misma, que no se represente como siendo algo. A la vez, todo individuo debe ser portador de esta representación de sí de la sociedad. Se trata de una condición vital para la existencia de la sociedad misma.

Es por medio de **todos** sus miembros que la sociedad se realiza y se refleja en partes complementarias que no pueden realizarse ni reflejarse (reflexionar), sino realizándola y reflejándola (reflexionándola) (Castoriadis 1997, p. 29).

En esa complementariedad, el adulto mayor y el anciano no pueden quedar excluidos, ya que son parte integrante del todo.

Si la sociedad puede crecer, cualitativamente, y evitar la anomia, debe incluir a todos sus miembros en la planificación y ejecución de la empresa (¿utópica?) salvadora.

Un abordaje posible¹

El propósito de este trabajo es el de analizar, por un lado, el concepto que la sociedad tiene acerca de la vejez y el que ella tiene de sí misma, y, por otro lado, qué posibilidades existen de lograr una transformación o una ruptura de tal ideología.

¹ Escrito conjuntamente con Soledad Belcasino y Mónica Garrido

Un aspecto que nos interesa remarcar es que la concepción de vejez está preñada de prejuicios que finalmente la hacen sinónimo de enfermedad, de carga social, de marginalidad, de inutilidad, de discapacidad. Estos prejuicios que están presentes en la sociedad toda, incluso en aquellos que atraviesan la tercera edad, son los que consideramos se deberán desarticular desde un enfoque gerontológico adecuado, que considere los aportes que las diferentes investigaciones y estudios sobre el tema han ido desarrollando.

En contra de tales prejuicios consideramos que la vejez es una etapa vital del desarrollo humano que tiene implicancias biológicas, psicológicas y sociales.

El proceso de envejecimiento existe, pero no se trata de una enfermedad ni tiene que ser limitante. Considerar a la vejez como una etapa más del desarrollo humano implica superar el planteamiento que la enmarca dentro de la decadencia.

El hecho de envejecer se inicia con la vida misma, pero siempre ha existido en el hombre la necesidad de ocultar o de negar el envejecimiento. Esta tendencia puede ser explicada por el hecho de que el deterioro biopsíquico rememora la posibilidad de la finitud.

El contexto actual que cada vez los aleja más del proceso productivo economicista contribuye para que a la persona mayor de edad le resulte cada vez más difícil encontrar el camino para la expresión de su individualidad.

Pero la sociedad no comprende que en su actitud va implícita su propia muerte. Como dice Francoise Dolto:

Una sociedad donde los seres humanos no dan cabida en sus corazones a esos viejos trabajadores ahora improductivos, es una sociedad que ya no tiene poesía, que ya no tiene alma (Dascher y Weinstein, p. 14).

Propuesta de abordaje a la problemática de los adultos mayores

Entendemos que ha llegado el momento de variar el rumbo. Que desde los diversos ámbitos que componen la sociedad es posible analizar los caminos que en el nuevo milenio conduzcan a lograr una mejor calidad de vida.

Existe un proceso que se ha dado en llamar envejecimiento de la población: Se trata de un proceso de cambio de la estructura social por edades y está caracterizado por el aumento del peso relativo de las personas de más de sesenta años. Este aumento poblacional de los adultos mayores tiene sus implicancias a nivel del sistema educativo, el mercado laboral, la seguridad social, la atención sanitaria, el grupo familiar, etc. y demanda la aplicación de políticas eficaces al respecto.

La Universidad, como parte integrante del sistema educativo, es un ámbito propicio para dar algunas respuestas a esta problemática, articulando su accionar con los diversos sectores que componen la comunidad.

Desde nuestra inserción en ella, consideramos necesario ofrecer un espacio de participación a las personas adultos mayores en donde se aborden de manera creativa temas nodales relacionados con su problemática, a fin de promover su revalorización social e individual. Los contenidos a abordar que sugerimos son: caracterización general de esta etapa evolutiva; el proceso de envejecimiento biopsíquico; las

transformaciones familiares y la reubicación dentro de la familia; la transformación de los vínculos amorosos y la sexualidad; disminución del número y extensión de las funciones y actividades; la jubilación; la proximidad de la muerte propia a través de la muerte de los seres queridos.

Referencias Bibliográficas

Berger, P. (1967) *El Dósel Sagrado. Elementos para una Sociología de la religión* (Buenos Aires: Amorrortu editores).

Castoriadis, C. (1997) *El Avance de la Insignificancia* (Buenos Aires: EUDEBA).

Dacher, M; Weinstein, M. (s/d) *Histoire de Louise*. Prefacio de Françoise Dolto.

Dolto, F. (1990) *La Causa de los Adolescentes* (Barcelona: Ediciones Seix Barral).

Freud, S. (1917) *Duelo y melancolía* (Madrid: Editorial Biblioteca Nueva).

Freud, S. (1915) *Consideraciones acerca de la guerra y la muerte* (Buenos Aires: Obras Completas, Ediciones Hyspamérica).

Fromm, E. (1963) *El Arte de Amar* (Buenos Aires: Editorial Paidós).

Manonni, M. (1992) *Lo nombrado y lo innombrable* (Bs. As.: Editorial Nueva Visión).

Obiols, G; Di Segni de Obiols, S. (1995) *Adolescencia, Posmodernidad y Escuela secundaria* (Buenos Aires: Biblioteca de Actualización Pedagógica).

Savarezza, L. (1978) *Psicogeriatría. Teoría y clínica* (Bs. As.: Ediciones Paidós).